
LÓGICA

Ver: *Logos / Inteligencia – Logos – Razón*

«Porque lo esencial, a mi modo de ver, de la obra de Arte no es ser expresión de la vida del Espíritu, sino expresión de la actualidad de la realidad en mí como realidad. Esto es una historia diferente; no es una expresión de la vida del espíritu, sino una expresión de la manera como en esa vida se hace actual lo real; es una expresión de lo actual de la realidad misma.

Y esto no acontece solamente en el Arte, es que acontece con otras disciplinas. Sería una falsedad pensar que la manera primaria como la inteligencia aprehende lo real es la Lógica. Esto es falso.

La verdad real es la actualidad misma de lo real en su aprehensión, en su aprehensión simple ⁽¹⁾ en la inteligencia a la cual se presenta, y lo que llamamos Lógica es pura y simplemente la expresión de esa primaria verdad real. ¿Se va a decir por esto que la **Lógica** es subjetiva?; ¿que es la vida del Espíritu? Sí y no.

Lo mismo se puede y se debe decir de la **Ética**. Ciertamente, el fenómeno radical y crucial de la Ética no es un sistema y una tabla de valores o de deberes; no, sino la presencia de la realidad en tanto que un *bonum*, en tanto que buena. Lo otro, la Ética, es la expresión de ese *bonum*; expresión sobre la que, ciertamente, habrá que discutir.

Análogamente, el fenómeno primario en el orden del sentimiento, del sentimiento estético, es la presencia actualizada de la realidad; envuelve la actualidad de lo real, no sólo *intrínsecamente* sino también *formalmente*. La expresión de esta actualidad constituye precisamente el **Arte**.

La **Lógica**, la **Ética** y el **Arte** son tres expresiones de la actualidad primaria de la realidad en la inteligencia, en la voluntad y en el sentimiento temperante del hombre.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 350-351]

•

«Las presuntas verdades de razón ¿son verdades eternas en el sentido de Leibniz? Ciertamente no. Leibniz cita como verdades de razón a los principios lógicos supremos (identidad, no-contradicción, y tercio excluso)

y las verdades matemáticas. Pero estas verdades ¿son verdades que se fundan nada más que en conceptos de nuestra mente? No es así; se fundan intrínsecamente en realidad "dada".

Las verdades matemáticas son ciertamente necesarias, pero su necesidad pende de postulados, por tanto de realidad dada en y por postulados. En última instancia, las verdades matemáticas están ancladas en algo dado. Y por esto, podrían perfectamente ser de otra manera. Los postulados están, en efecto, libremente elegidos. Me bastaría con cambiar los postulados y la verdad matemática sería otra.

Esto mismo acontece con la lógica. Estos principios, en efecto, son principios estructurales de la afirmación. Y lo que la lógica hace es inteligirla como tal. Pero aquí se desliza un grave equívoco no sólo en Leibniz sino en casi toda la filosofía usual culminando en Hegel.

Porque ¿cómo inteliyo yo los principios de toda afirmación? Suele decirse, por ejemplo, que el principio de no contradicción regula la intelección misma de toda afirmación; es decir, que sería principio no sólo de la afirmación en cuanto algo afirmado, sino también principio de la intelección misma como acto de la afirmación. Y esto es, a mi modo de ver, falso.

Cuando yo inteliyo las afirmaciones como tales afirmaciones, estas afirmaciones son la cosa inteligida; y estas cosas tienen ciertamente un carácter de necesidad incontradictoria, tienen como un carácter estructural suyo la incontradicción. Pero la cuestión no termina aquí. Porque estas afirmaciones, con todas sus estructuras inclusive con la no-contradicción, han de ser inteligidas por mí en un acto distinto; de lo contrario tendríamos logos, pero no lógica.

La lógica está fundada en la intelección del logos como algo inteligido. Ahora bien, es fácil pensar que esta intelección de una afirmación es a su vez una intelección afirmativa. Si así fuera, habría un regreso hasta el infinito: el principio de no-contradicción de las afirmaciones inteligidas sería también el principio estructural de la intelección de ellas, y así hasta el infinito. Y aquí está, a mi modo de ver, el desliz.

La intelección de mi afirmación no es a su vez una intelección afirmativa; sino que es una aprehensión primordial, anterior por tanto a toda afirmación.

Dicho en términos más generales: el acceso intelectual al logos no es a su vez un acceso lógico. De ahí que, para los efectos de la intelección, la necesidad de los principios de las afirmaciones no está en los conceptos sino en la realidad intelectual de mis afirmaciones. Esta realidad es, pues, algo dado y no algo concebido.

Las verdades lógicas no son necesidades de conceptos sino caracteres de *realidad* dada. Si no se puede pensar lo contrario de ellos, no es porque su verdad sea eterna, sino porque la realidad inteligida misma como realidad,

esto es, la afirmación en cuanto afirmada, es la que no puede ser de otra manera.

Esto supuesto, lo propio de la llamada verdad de razón no es ser verdad "de razón" sino ser verdad "racional", que es cosa distinta. Y es verdad racional porque concierne al mundo de la realidad (incluyendo en él las propias intelecciones afirmativas como actos). Toda verdad racional es verdad de realidad, porque es verdad de realidad mundanal. E incluyo en la realidad mundanal lo cósmico mismo.

Ciertamente no son idénticos en sí mismos mundo y cosmos. El mundo es la unidad respectiva de lo real en cuanto real; el cosmos es la respectividad talitativa de lo real mundanal.

Pero para los efectos de la intelección cosmos y mundo son coincidentes: son aquello "hacia" lo que nos remite la realidad campal. En este "allende" coinciden cosmos y mundo. Por esto he hablado aquí simplemente de "realidad mundanal".

Se dirá que el cosmos como tal no es necesario. Pero es justo lo que estoy diciendo: que verdad racional no consiste en ser verdad de razón sino en ser verdad mundanal y cósmica de lo real campal.

Lo mundanal no es sin más lo cósmico, pero lo cósmico es formalmente mundanal: es talidad mundanal. Y lo real campal como momento simplemente mundanal y como momento cósmico (esto es, como algo factual) es siempre término de verdad racional. La necesidad y la contingencia no son caracteres de la verdad, sino de la realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 280-283]



«Por esto, la llamada lógica formal se apoya en la relación resultante de la afirmación conectiva. Ahora vemos que esta lógica no es lo primario, porque la relación formal entre A y B se funda en la afirmación conectiva de realización de B en A. Esto es, toda lógica formal se funda en una lógica más radical, en la lógica de la afirmación.

La "lógica formal" es el juego de dos variables homogéneas. Mientras que la "lógica de la afirmación" es la intelección de la realización de algo irreal (B) en algo ya real (A). Y esto es lo esencial: la lógica de la intelección afirmativa de lo real.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 164]



«La intelección sentiente misma es transcendental. No es transcendental en cuanto momento conceptivo, ni tampoco por ser constitutiva de lo real como objeto. Es transcendental porque, por ser actualidad común, la inteligencia

sentiente queda abierta a la realidad en la misma apertura según la cual lo real mismo es abierto en cuanto realidad.

Es la apertura de la realidad la que determina la apertura misma de la intelección sentiente. Y por esto es por lo que la intelección sentiente misma es transcendental.

De ahí que la intelección sentiente está transcendentalmente abierta a otras intelecciones. Las diversas intelecciones no constituyen un edificio por acoplamiento mutuo de ellas, es decir, porque a una intelección se le “añada” otras que la perfilen, organicen o amplíen, sino que por el contrario todo esto tiene lugar, y tiene lugar necesariamente, por la índole transcendentalmente abierta de cada intelección.

Podría pensarse que la apertura de una intelección a otras se refiere al contenido de las intelecciones. No es así. La apertura concierne a algo mucho más radical: al modo mismo de la actualidad común. Esta actualidad común puede adoptar modos diversos.

Esto es, hay diversos modos de actualización. Cada uno de ellos está abierto a los demás. Y esta apertura de los modos de actualización en cuanto tales es lo que constituye formalmente el fundamento transcendental de toda lógica, mejor dicho, de todas las intelecciones cuya articulación estudia la lógica.

Conviene subrayar lo que estimo ser un error de la filosofía antigua, según la cual intelección es logos.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 166-167]

COMENTARIOS

Lógica formal: Lógica que estudia las estructuras formales del pensamiento sin considerar los contenidos de este.

Lógica transcendenteal: Según Kant, es la lógica que estudia los elementos y principios que hacen posible “a priori” la constitución de los objetos del pensamiento, es decir, la constitución de pensamientos en tanto que en ellos se piensan objetos.

•

«El camino que anduvo Zubiri con respecto a la lógica formal fue el de conocer a fondo su naturaleza meramente formal y sus métodos matemáticos para, a continuación, preguntarse por ella, estudiar sus presupuestos y sus implicaciones con la vista puesta en su propia tarea intelectual, un proyecto filosófico mayor: la descripción de la *Inteligencia Sentiente*.

No se trata de invalidar esta disciplina científica, exitosa y plenamente aceptada por toda la comunidad científica pues desde su primera formación

como filósofo reconoció el valor y la utilidad de sus resultados en las matemáticas. Se trata, por parte de Zubiri, de fundarla intelectivamente en una concepción anterior, primaria, que Zubiri comenzó a denominando en los años cuarenta como *lógica de la realidad* y que en su madurez de los años ochenta sustituye por una *lógica de la intelección afirmativa de lo real* o, más sencillamente, *Lógica de la Afirmación*.

Las relaciones de conexión formal entre enunciados, así como la estructura apofántica de los mismos, que Zubiri prefiere denominar con el término clásico de *juicios*, sufren una alteración original y de muy diferente alcance, lo mismo que las relaciones de consecuencia, su estructura sintáctica o su implicación semántica. [...]

Es cierto que, si uno repasa los estudios sobre Zubiri, no verá muchas señales de una honda preocupación sobre su concepción de la lógica.»

[Ramírez Voss, Jesús: "La concepción de la lógica en el pensamiento de Xavier Zubiri", en Nicolás, Juan Antonio (ed.): *Guía Comares de Zubiri*. Granada: Editorial Comares, 2011, p. 311-312]



«Que hay una intelección anterior al juicio es algo que Zubiri mantuvo coherente y reiteradamente a lo largo de su longeva vida intelectual: una aprehensión inmediata de lo real, no fundada en inferencias ni en razonamientos, una aprehensión unitaria.

No se trata de ningún modo de representación, sino que la intelección está como vaciada completamente en lo aprehendido, es la intelección atenta y retinente de lo real. Por su parte, el *logos* no significa solamente la proposición o juicio, sino que el *logos* es un movimiento impresivo, es una re-actualización.

Por último, hay un cuarto procedimiento de la actividad intelectual, la ordenación de los razonamientos en una síntesis más completa. Esta operación no se distingue formalmente del razonamiento. No obstante, tiene una importancia decisiva, pues la ciencia consiste en conocer una cosa por sus principios. Ahora bien, para llegar a este resultado, no basta con un razonamiento aislado.

El espíritu humano, dice Mercier, debe recorrer (*discurrere, discursus*) los diferentes aspectos de una cosa antes de abarcarla en su conjunto, y *comprenderla* (*cum-prendere*). La idea la encontramos en el Zubiri maduro cuando firma que toda intelección es una maduración de la aprehensión primordial, y esa maduración es lo que Zubiri técnicamente denomina *comprensión*. La intelección plenaria es, en definitiva, una *aprehensión comprensiva*.

Más problemática, sin duda alguna, fue la identificación de la inteligencia con el discurso lógico. Zubiri se mostró beligerante con esta identificación pues sostener que el pensamiento suministra conocimientos sólo cuando se

atiene a las leyes lógicas, es algo que nuestro filósofo en su juventud ya advertía que solamente podría admitirse transitoriamente.

La función natural y propia de la inteligencia no es razonar, no es encadenar discursos. Pensar no es discurrir conforme a unas leyes o principios lógico-formales. Cada razonamiento solamente aporta a nuestro espíritu una explicación fragmentaria de la cosa.

La sistematización de las demostraciones parciales es, volviendo al manual de filosofía de Mercier, propiamente hablando *la ciencia de una cosa*. La unificación de las ciencias particulares en una síntesis superior es la *filosofía*.»

[Ramírez Voss, Jesús: "La concepción de la lógica en el pensamiento de Xavier Zubiri", en Nicolás, Juan Antonio (ed.): *Guía Comares de Zubiri*. Granada: Editorial Comares, 2011, p. 315-316]



«Aritmética es contar. Contar es una operación intuitiva, como son intuitivos sus resultados: los números. El Álgebra da a los números intuitivos una segunda vida, convirtiéndolos en sus definiciones, por tanto, en algo lógico. Ciertamente que esas definiciones consisten en reducir los números a las nociones de relación –igual, mayor, menor–.

Y estas nociones intuitivas son la intuición básica de la numerosidad, y, por tanto, de la Aritmética. El Álgebra no es independiente de ésta: parte de ella y vuelve a ella al cabo, puesto que las fórmulas tienen que ser llenadas con números no algebraicos, sino aritméticos. Pero entremedias del punto de partida y el de llegada, el Álgebra da a los números eso que llamo segunda vida: su vida lógica.

Mas nada tan vago en las cabezas de las gentes como lo que pretende ser menos vago; a saber: lo que entendemos cuando de algo decimos que es "lógico". Lógico es un "modo de pensar" en que se atiende exclusivamente a las puras relaciones existentes entre los conceptos como tales conceptos; pero a la vez pretendiendo que lo válido para estos conceptos valga también para las cosas concebidas. [...]

Lo que veo con los ojos no es algo lógico, sino algo intuitivo. No es un concepto. Pero si digo: esto que veo es un caballo, "caballo" es un concepto. ¿Por qué? Porque es el extracto de una definición; por tanto, porque al tener en mi mente "caballo", tengo en mi mente distintos, esto es, separados unos de otros, los componentes de eso mismo que pienso. Esto no acontece en lo que veo según lo veo. Allí está todo junto, sin separación. Los componentes no me parecen como componentes cada uno aparte y preciso, es decir, *cortado de los otros*.

Además, están en la intuición inseparados muchos otros elementos que no son componentes del concepto caballo –los varios tamaños, los varios colores, los varios gálidos de la figura. De aquí que al ver algo no sé bien, estrictamente, en qué consiste. El concepto, en cambio, consiste

exclusivamente en su definición. Es esa serie de “notas”, de ingredientes, que la definición me exhibe como las piezas de una máquina.

En este sentido el concepto coincide siempre consigo mismo, y puedo manejarlo con seguridad. Es una moneda que tiene un valor preciso, con el cual puedo, pues, confiadamente contar; no es, como la visión, una joya que vale mucho, pero nunca sé seguramente cuánto vale, y por eso no puedo nunca contar exactamente con su valor.

El concepto es pensamiento acuñado, titulado, inventariado. Esta transmutación de lo visto en lo concebido se obtiene mediante una actuación mental sencilla. En lo visto, y más en general en lo intuido, nuestra atención *fija* uno o varios elementos, es decir, se fija en cada uno de ellos. Luego nuestra mente *abstraee* de todo lo demás que en lo intuido hay, y *extrae* los elementos fijados, dejando el resto. El concepto es así extracto de la intuición. [...]

Al extracto mental de una cosa llamaron los griegos *lógos* , eso es, su “dicción”, “lo que de ella se dice”, porque, en efecto, las palabras significan esos extractos mentales. “Mesa” es el *lógos* de innumerables artefactos humanos muy distintos entre sí, pero que tienen una estructura mínima idéntica, un mismo extracto.

Una vez practicada esta operación, nuestra mente se vuelve de espaldas a lo visto o intuido, y ya no se ocupa más de ello, sino que parte de ese extracto, se atiene a él exclusivamente, y aplicando los principios “lógicos”, pone aquel concepto en relación con otros que son menos extractos que él, y observa si se identifican o se contradicen, o está el uno incluido en el otro; forma con dos conceptos que no se contradicen, que son compatibles, una nueva unidad conceptual, y así, sucesivamente, urde una trama de meros conceptos que es precisa y coherente.

A esa trama de “extractos” llamamos una *teoría lógica* , y a eso que hemos *hecho* se llamaba, desde los griegos, “pensar lógico”.

De todo ello, lo que mi interesa más subrayar es que el pensamiento lógico, una vez que pre-lógicamente ha extraído de las intuiciones los conceptos que parecen suficientes para el tema que se trata, se encierra con ellos dentro de sí mismo, y sus enunciados se refieren exclusivamente a esos conceptos, que pasan, por tanto, a ser la “cosas” de que una teoría lógica habla.

Si uso el nombre “caballo” para designar ciertos animales que ganan los premios en las carreras, que han llevado en sus lomos a Alejandro Magno, al Cid y al picador de toros, objetos, pues, de que he tenido intuiciones innumerables y en gran parte divergentes entre sí, su significación (la del nombre) es teóricamente incontrolable, aunque goce de un cierto control *práctico* bastante a ciertos menesteres de la vida distintos del “pensar lógico”.

Su significación es incontrolable porque, usado así, el nombre representa esas innumerables intuiciones, el contenido de ninguna de las cuales –y menos aún de todas– ha inventariado totalmente, entre otras razones, porque es inagotable.

Si, en cambio, empleo el nombre “caballo” como nombre de la definición de este animal dada por la Zoología, su significación queda *acotada*, es un *acotamiento* de la primera, que era in-acotada, in-finita o in-definida, difusa y confusa. La palabra con que Aristóteles expresa la idea de concepto es “lo acotado” – ὅρος, *hóros*–.

Hóros es lo que en el paisaje aparece erguido, lo que se eleva, y por lo mismo se hace notar, se señala. Su correspondiente en latín es *terminus*. *Hóros* y *términus* eran los montones de piedras y luego los mojones que separaban los campos y delimitaban la propiedad de cada cual.

Como los griegos, con profundo sentido del vivir, hacía de todo lo importante un dios, divinizaron esos jalones divisorios, que también había en las encrucijadas para diferenciar los caminos. El dios de los límites ciertos y de los caminos acertados –camino acertado se dice en griego “método”– era Hermes, dios muy antiguo, anterior a Apolo.

Pero lo curioso es que, divinidad de una religión vetusta, cuyos dioses eran subterráneos, Hermes era a la vez el dios de los sueños y el dios *spsicopompo*, que guía a las almas y las conduce tras la muerte al descanso; por tanto, el dios del “buen camino” o método de la salvación. Era dios de los saberes y dios de los engaños. Platón, en su hora, demostrará a los sofistas que sólo sabe engañar quien sabe la verdad.

Como las piedras erectas que primero lo significaron se parecen a un sexo viril animoso, se esculpió en ellas a Hermes itíalo. Los romanos, que en materia de propiedad no andaban con bromas, consideraban sagradas las piedras divisorias, y encargaron a un dios exclusivamente de guardar los límites, y y mantener los acotamientos –*Terminus*–.

Y como Júpiter era el dios del Estado y tenía que guardar los límites de la nación romana, hicieron de él un *Júpiter Terminalis*. Por lo mismo, cuando se arrojaba a alguien fuera del territorio romano, se le *exterminaba*.

Los latinos tradujeron el *hóros* –“lo acotado” de Aristóteles– por *terminus*, y los escolásticos tuvieron el buen acuerdo de conservarlo. Nosotros debíamos volver a esta expresión cuando nos referimos al concepto lógico, porque “concepto”, sin más, significa no pocas otras cosas.

Término es, por tanto, el pensamiento, en cuanto acotado por nuestra mente; es decir, el pensamiento que se pone cotos a sí mismo, que se precisa. Ahora creo que se entenderán las metáforas que antes he empleado llamando al concepto pensamiento titulado, oficializado, inventariado.

Hagamos de *terminus*, garantía de la propiedad con que se cuenta, instrumento seguro de la propiedad con que se habla. El pensar lógico se

refiere a términos, y por eso debe normalmente hablar *in terminis*. Leibniz nos lo recomienda incesantemente, y esta recomendación se origina en lo más hondo de su “modo de pensar”.

Definir es, pues, canjear los nombres por conceptos, nos dice Aristóteles: δεῖ δὲ τὸν ὀριζόμενον λόγον ἀντὶ τῶν ὀνομάτων ἀποδοῦναι (*Tópicos*, VI, 11, 149 a 2). En *Física* (I, 1, 184 b) se opone τὸ ὄνομα ἀδιορίστως al λόγος que διορίζει.»

[Ortega y Gasset: *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*. En *Obras completas*, 1962, vol. VIII, p. 99-103]



«Lógica y lenguaje según Wittgenstein

Estrechamente vinculado con el «nivel epistemológico» está el nivel lógico. Desde Aristóteles una de las preocupaciones fundamentales de la teoría del conocimiento ha consistido en descubrir las «categorías» básicas de clasificación de la realidad, de las cuales el lenguaje es el más fiel reflejo. La función epistemológica del lenguaje descansa en unas leyes lógicas, constitutivas también del pensar.

La determinación de tales reglas es uno de los motivos fundamentales del *Tractatus*, donde el lenguaje propiamente lógico se distingue del lenguaje que «disfraza» el pensamiento porque oculta la lógica de éste.

La lógica, que Wittgenstein vio primero como la «forma» común de la realidad y del lenguaje, es luego, en las *Investigaciones*, supuesta la autonomía del lenguaje, un presupuesto de la función comunicativa, la aceptación tácita de un *acuerdo* que se justifica sólo por el hecho de serlo y de dar resultados positivos:

«Si el lenguaje es un medio de comunicación debe existir un acuerdo no sólo en las definiciones, sino también (por extraño que parezca) en los juicios. Esto parece abolir la lógica, pero no es así. Una cosa es descubrir los métodos de la medida, y otra obtener y establecer los resultados de medir. Pero lo que llamamos “medir” está determinado en parte por una cierta constancia en los resultados del medir» (*PhU*, 242).

Razonamos de acuerdo con unos métodos que se han definido como deducción e inducción, y nuestra fe en ellos, la seguridad de que no nos defraudan, se justifica por el hecho de que los usamos con éxito, del mismo modo que confiamos en el buen servicio de una lavadora, pero sin creer por ello que se trata de la única forma de lavadora posible, ni tampoco de la más perfecta.

No hay otra justificación fuera de los métodos mismos: «la cadena de las razones tiene un fin», «lo que la gente acepta como justificación se muestra en su forma de vivir y de pensar» (*PhU*, 325, 326).

«Sólo existe la necesidad lógica» (*T*, 637), pues en el *Tractatus* la lógica del lenguaje era la lógica del mundo. Pero ya en las *Bemerkungen über die*

Grundlagen der Mathematik las reglas de la lógica no aparecen como un *muss* que debe seguirse inevitablemente, sino como un *acuerdo* que de hecho se respeta.

La fuerza de la regla reside en el hecho de que la cumplimos, no en que se nos impone con la necesidad absoluta. Jacques Bouveresse ha expresado perfectamente esta opinión de Wittgenstein: «... la "necesidad" lógico-matemática no es fundamentalmente distinta de cualquier otra obligatoriedad social; así se explica que el aprendizaje de los números y del cálculo, por ejemplo, no sea más que una despiadada domesticación y que la sociedad sancione con distintos medios (que van desde la reprobación por parte de los demás hasta la reclusión en un manicomio) las violaciones del orden lógico.

En definitiva, las leyes lógicas son efectivamente la expresión de ciertos "hábitos de pensamiento", pero también del hábito de *pensar*. Es decir, que sería una muestra de cómo piensan los hombres y asimismo de *aquello que* los hombres llaman "pensar"» (*La Parole Malhereuse*, p. 154).»

[Camps, Victoria: *Pragmática del lenguaje y filosofía analítica*. Barcelona: Ediciones Península, 1996, p. 145-146]

•

5.43 Dass aus einer Tatsache p unendlich viele *andere* folgen sollten, nämlich $\sim\sim p$, $\sim\sim\sim p$, etc., ist doch von vornherein kaum zu glauben. Und nicht weniger merkwürdig ist, dass die unendliche Anzahl der Sätze der Logik (der Mathematik) aus einem halben Dutzend „Grundgesetzen“ folgen. Alle Sätze der Logik sagen aber dasselbe. Nämlich Nichts.

5.473 Die Logik muss für sich selber sorgen. [...]

Wir können uns, in gewissem Sinne, nicht in der Logik irren.

5.4731 Das Einleuchten, von dem Russel so viel sprach, kann nur dadurch in der Logik entbehrlich werden, dass die Sprache selbst jeden logischen Fehler verhindert. – Dass die Logik a priori ist, besteht darin, dass nicht unlogisch gedacht werden *kann*.

5.552 Die "Erfahrung", die wir zum Verstehen der Logik brauchen, ist nicht die, dass sich etwas so und so verhält, sondern, dass etwas *ist*: aber das ist eben *keine* Erfahrung.

Die Logik ist *vor* jeder Erfahrung - dass etwas *so* ist. Sie ist vor dem Wie, nicht vor dem Was.

5.5521 Und wenn dies nicht so wäre, wie könnten wir die Logik anwenden? Man könnte sagen: Wenn es eine Logik gäbe, auch wenn es keine Welt gäbe, wie könnte es dann eine Logik gehen, da es eine Welt gibt.

5.6 *Die Grenze meiner Sprache* bedeuten die Grenzen meiner Welt.

5.61 Die Logik erfüllt die Welt; die Grenzen der Welt sind auch ihre Grenzen.

Wie können also in der Logik nicht sagen: Das und das gibt es in der Welt, jenes nicht. [...]

Was wir nicht denken können, das können wir nicht denken; wir können also auch nicht *sagen*, was wir nicht denken können.

5.557 Die *Anwendung* der Logik entscheidet darüber, welche Elementarsätze es gibt.

Was in der Anwendung liegt, kann die Logik nicht vorausnehmen.

Das ist klar: Die Logik darf mit ihrer Anwendung nicht kollidieren.

Aber die Logik muss sich mit ihrer Anwendung berühren.

Also dürfen die Logik und ihre Anwendung einander nicht übergreifen.

6.1 Die Sätze der Logik sind Tautologien.

6.11 Die Sätze der Logik sagen also Nichts. (Sie sind die analytischen Sätze.)

6.111 Theorien, die einen Satz der Logik gehaltvoll erscheinen lassen, sind immer falsch.

6.112 Die richtige Erklärung der logischen Sätze muss ihnen eine einzigartige Stellung unter allen Sätzen geben.

6.113 Es ist das besondere Merkmal der logischen Sätze, dass man am Symbol allein erkennen kann, dass sie wahr sind, und diese Tatsache schließt die ganze Philosophie der Logik in sich. Und so ist es auch eine der wichtigsten Tatsachen, dass sich die Wahrheit oder Falschheit der nichtlogischen Sätze *nicht* am Satz allein erkennen lässt.

6.12 Dass die Sätze der Logik Tautologien sind, das *zeigt* die formalen – logischen – Eigenschaften der Sprache, der Welt.

Dass ihre Bestandteile so verknüpft eine Tautologie ergeben, das charakterisiert die Logik ihrer Bestandteile.

Damit Sätze, auf bestimmte Art und Weise verknüpft, eine Tautologie ergeben, dazu müssen sie bestimmte Eigenschaften der Struktur haben. Dass sie so verbunden eine Tautologie ergeben, zeigt also, dass sie diese Eigenschaften der Struktur besitzen.

[Wittgenstein, Ludwig: *Tractatus lógico-philosophicus* (1921)]

•

«Man kann in gewissem Sinn mit philosophischen Irrtümern nicht vorsichtig genug umgehen, sie enthalten so viel Wahrheit.»

[Anthony Kenny (Hrg.): *Ludwig Wittgenstein – Ein Reader*. Stuttgart: Reclam, 1989, S. 350]



«Inwiefern ist die Logik etwas Sublimes?

Denn es schien, dass ihr eine besondere Tiefe – allgemeine Bedeutung – zukomme. Sie liege, so schien es, am Grunde aller Wissenschaften.

– Denn die logische Betrachtung erforscht das Wesen aller Dinge. Sie will den Dingen auf den Grund gehen, und soll sich nicht um das So oder So des tatsächlichen Geschehens kümmern.

– Sie entspringt nicht einem Interesse für Tatsachen des Naturgeschehens, noch den Bedürfnissen, kausale Zusammenhänge zu erfassen, sondern einem Streben, das Fundament, oder Wesen, alles Erfahrungsmäßigen zu verstehen.

Nicht aber, als sollten wir dazu neue Tatsachen aufspüren: es ist vielmehr für unsere Untersuchung wesentlich, dass wir nicht *Neues* mit ihr lernen wollen. Wir wollen etwas *verstehen*, was schon offen vor unseren Augen liegt. Denn *das* scheinen wir, in irgendeinem Sinne, nicht zu verstehen.»

[Anthony Kenny (Hrg.): *Ludwig Wittgenstein – Ein Reader*. Stuttgart: Reclam, 1989, S. 338]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten